

MANUEL RODRÍGUEZ CODOLA

JAVIER GOSÉ



EDICIÓN MVSEVM

ESTABLECIMIENTO GRÁFICO : THOMAS : BARCELONA

kes Mar C11/17

JAVIER GOSÉ

JAVIER GOSÉ

POR

MANUEL RODRÍGUEZ CODOLÀ



EDICIÓN MVSEVM



ESTABLECIMIENTO GRÁFICO : THOMAS : BARCELONA

A. 42.548

JAVIER GOSÉ

1881

JAVIER GOSÉ

1881



JAVIER GOSÉ



JAVIER GOSÉ

INTIMIDAD (DEL «SIMPLICISSIMUS»)

JAVIER GOSÉ

A fines del siglo XIX marchaba el artista a París impelido por la singular fascinación que la vieja Lutecia vino ejerciendo en los deseosos de encontrarse con nuevos horizontes o en los movidos del noble afán de abrirse paso en aquella capital; pero de entre cuantos hicieron lo propio, él fué de los pocos que conservaron serenidad bastante para no dejarse tentar, siguiendo allí el camino por donde tomó desde un principio, cuando, de alumno en la Escuela de la Casa Lonja y algo después en el estudio de José Luis Pellicer, acudía a paseos y jardines barceloneses a sorprender la vida, a recoger con

avidez el espectáculo de la multitud, siempre con la carterita en la mano. Esa disciplina, que jamás abandonó, llegó a dotarle de pasmosa facilidad y dió firmeza a su trazo; no esa firmeza que bajo apariencia genial oculta deficiencias de forma, antes al contrario, de esotra categórica y flexible al contorno exacto. La rapidez a que obliga la anotación de la figura en movimiento, el resumen a que es ley ceñirse para apuntar lo esencial, condujole al dominio de la línea expresiva, a alcanzar el sentimiento de ésta. El lápiz, el pico de la pluma y el pincel acabaron por resbalar elegantemente sobre la superficie del

papel, dibujando el artista casi sin levantar la mano; algo así como proceden los japoneses. Adquieren por ello esos apuntes íntimos valor inapreciable. Permiten comprobar como sentía el autor el perfil, como era conocedor de las curvas imperceptibles, como sabía el encanto de un fino tobillo al enlazarse con el pié, como tenía la clave de la elocuencia de las manos femeninas y como elevaba a la distinción la actitud de los dedos, de tan bien movidas falanges.

Su arte amable, risueño, señorilmente mundano cautivaba. ¿Quién nos recuerda su primera exposición en el *Salón Parés*, quién pudo olvidar la que celebró en el año de 1911? Haced memoria. Si a cosas de arte sois aficionado, si anotais cuidadosamente en el libro de recuerdos gratos lo que más os fué llamando la atención, poseo la seguridad de que teneis señaladas ambas fechas como momentos en los cuales se os brindó con visiones exquisitas del mundo frívolo. Cerrad los ojos y recordar aquella primera tanda de dibujos coloridos. ¿Echásteis en olvido las mujeres en actitud de espiritual encanto, ufanas del elegante atavío y de piés calzados con lindeza? ¿No reviven en vuestros recuerdos aquellas composiciones agradables? ¡Qué armonías tan felizmente resueltas! ¡Con qué sobriedad el

color cantaba! Aún cerrando los ojos sentimos la complacencia de aquellas entonaciones.

En la manifestación de años después, vino el artista con mayor variedad de temas, dentro de la esfera social en que siempre los buscó; con una flexibilidad inmensa en el mecanismo: adueñado por entero del oficio, y con multitud de procedimientos, que, abarcada en conjunto, privaban de monotonía a su labor fecunda.

Porque Gosé fué un trabajador infatigable. Muchas veces, a pesar de su estado enfermizo, pasaba la noche en vela y cuando la luz del día penetraba vagamente en el estudio del artista, aún hallábase de pié junto a la mesa, rodeado de croquis, de lápices y pinceles, de los botes de color...

No obstante ofrecerse tan espontáneas sus obras y tener ese atractivo de lo que nació sin premiosidad, sin embargo, el autor no resolvía de pronto lo que constituía su trabajo definitivo. Ahí, en esas pródigas carte-

ras suyas que ahora nos refieren las intimidades de la gestación del artista, comprobamos con qué honradez procedía; como modificaba figuras, como rectificaba un pormenor, como corregía una composición hasta el logro de lo que anhelaba. No era avaro del tiempo; empleaba en su labor el que debía emplear. Por es-



JAVIER GOSÉ

EN EL PALCO



VISITA DE CONFIANZA
POR JAVIER GOSÉ



JAVIER GOSÉ

ESTUDIO

claros, sin contornos, como quien pinta; procediendo por diferenciación de valores. Así las composiciones, en que de tal suerte dibuja, aparecen anegadas en ambiente. Era sin igual en cuanto a dominio de medios con que aumentar el valor de su producción, para no caer en la manera, para dar variedad a sus creaciones. Su ingenio habíale inducido a realizar ensayos sobre cartulina, sobre cartón, sobre papel para ver de conseguir los resultados que apetecía obtener. Si unas veces en la concisión buscaba el resorte para impresionar, otras se valía de la delicadeza. Pero siempre era él.

El sentido de la gracia en la impúber, capullo de la

to ahora nos encontramos con bosquejos donde advertimos que, en ocasiones, iba dando vueltas a una agrupación de figuras, o buscando la gracia de una de éstas, dentro de una línea predominante. Ha resultado excelente enseñanza poder ver aún aquellos rasguños en que sólo hay en embrión obras que después semejan nacidas de un golpe, como el olivo, cargado de fruto, que surgiera al dar Minerva con su lanza en el suelo.

Los recursos de Gosé eran extraordinarios. Teñía muchas veces el papel para la obtención de la tonalidad que proponíase hacer triunfar, o con la estompa lo ensuciaba, y luego abría los



JAVIER GOSÉ

BOSQUEJO



JAVIER GOSÉ

VERSALLESA

vida, no recuerdo quien lo haya logrado como Gosé en varios de los dibujos, hasta aquí guardados en sus carteras, y que salen ahora a la admiración general para decirnos la elegancia suprema; cual la de aquella niña que detiene el paso unos segundos para ceñirse la liga y que obliga a pensar en una supervivencia clásica en conjunción con el espíritu moderno, o cual aquellas otras seguras de su porte distinguido o abandonadas a la displicencia del aburrimiento. Esas lindas figulinas, que en su propia esbeltez llevan ya mucho de la elegancia que las par-

ticulariza, que van con el trajecito corto, calzadas con primor y manifestando una seriedad impropia de sus años, anticipan la coquetería y prodigan el atractivo de su rumbo de muñecas afiliadas precozmente al ritual de la moda; que puede sea su pérdida, que tal vez sea la tésera que les facilite la entrada al mundo donde se vive sólo para lucir. Por esas niñas tan señoriles sintió el artista una gran predilección. Quizá no dábase cuenta de ello; pero los dibujos que pasaron por nuestras manos, llenándonos de emoción por la muerte temprana de quien

los hizo, vienen a contarnos que también él fué presa de emoción cuando tuvo delante esos modelos y que fué inefable sensación lo que le impulsó a dibujarlos, descubriendo en ellos todo el encanto; que habla de iniciación en el tocador, que traduce ingénita altivez femenina. Vedlas con las falditas hasta las rodillas; vedlas con las piernas finas, donde el galbo de los músculos gemelos apenas insinúa la pantorrilla; mirad el aire displicente con que llevan el manguito; observad la arrogancia del busto enhiesto y como el rueda del sombrero les pone a modo de nimbo que les cerca la cara.

Son, después, esas elegantes — mariposas de noche parisienses — que acuden a la *ville lumière* en busca del príncipe ruso, del inglés adinerado o del multimillonario yanqui o argentino, las que se complacieron en dibujar el artista; son las concurrentes al *café Riche*, al *restaurant de l'Abbaye*, *Au filet de sole*, al *Grill Room de l'Elyssée Palace Hotel*. Por allí

revolotean; saludan gentilmente; humedecen los labios en champaña, que en el quebradizo recipiente de cristal se diría líquida amatista cubierta de espuma; se miran con adoración las manos de uñas pulidas o se arrellanan en

el diván y fuman un cigarrillo turco, según apoyan un pié sobre el otro. Son esas sacerdotisas del culto amable y mundano que tuvieron antecesoras en Menfis, en Atenas y en Cartago, que llevan pintado el rostro como la esfinge de Gizé; y esfinge son ellas, que asimismo vemos siempre con igual sonrisa; que asimismo parece que surgieron del misterio; brote no enlazado a rama alguna. Arrebújanse en pieles que cuestan un dineral, y al quitárselas restan vestidas de estofas ligeras, transparentes; con tocas de airón marcial se cubren o hilos de perlas sonrien en la cabellera peinada con sencillez; mil chucherías y amuletos les penden de la cintura y una coincidencia de expresión con su acompañante, háceles defacer



JAVIER GOSÉ

ESTUDIO



EN EL BOSQUE DE BOLOÑA, POR JAVIER GOSÉ

presto el maleficio, dándose ambos el dedo meñique de la mano izquierda. Van a la feria del amor: al café de moda; a la fonda en predicamento; al baile concurrido; al casino donde se danza, donde se juega, donde se pierde el compás y se deja el dinero con facilidad, lo que se estima de buen tono. Y en el ferial, bien sola, bien con la amiga inseparable, ya con el conocido de hace un segundo, conversando, comiendo, fumando, matando el tiempo, subida a un tiovivo, distraída o interesándose por una fruslería, arreglándose un pliegue del traje o prisionera del tedio que no acierta a disimular, la sorprendió el artista, y en el momento preci-



JAVIER GOSÉ

ELEGANTES

so en que desprendiase de la figura un movimiento reñido con lo plebeyo y lo canallesco. El culto a la actitud y al gesto lo mantienen en ritmo inconfundible.

El mundo galante es evocado en trazos fluidos, en líneas sin arrepentimientos. Y protagonista, la mujer graciosa, amable y encantada de su propia elegancia; la mujer hecha viviente figurín que pasea por la calle o en las carreras o luce en el teatro la última novedad creación del modisto en boga; la mujer en el tocador, acicalándose, rodeada de todos los chismes que reclama el cuidado de su hermosura y frente al espejo de tres lunas; la mujer adaptándose el som-

brero en el mullido de sus cabellos; la mujer en el *restaurant*, colmada la mesa de fruteros y candelabros Luis XV; la mujer detenida por el fulgor de las joyas escalonadas en tentador escaparate y, al lado, asomándole la nariz por sobre la bufanda, el desocupado que pone los ojillos en la que tiene clavados los suyos en algún aderezo; la mujer que pasa rápida con voluminoso sombrero y ceñidas faldas, que dejan asomar aristocráticos tobillos y zapatitos de alto tacón; la mujer que hace desternillar de risa al viejo verde, al cual relata cualquier impertinencia o desliz ajeno; la mujer en la intimidad, tendida en un canapé, en cómoda postura, con un libro en la mano, con el amigo recibido en confianza, con la amiga que pasaba por delante de la

casa y subió a tomar el te.... De pronto, en aquel séquito de la galantería aparece un hombre de ojos hundidos, de amortiguadas pupilas, flácidos labios, caído bigotejo, con el sombrero hasta las cejas, con el frac que le está ancho, que le cae algo desgarbado: se os antoja un lacayo alquilón, hecho un mamaracho. Es Pan, a quien se vistió con la librea del día, para ludibrio suyo, y que, a través de los siglos, perdió en las travesuras de amor la ligereza retozona que cantaron poetas. A veces dais con alguien de aire de colegial resignado, las manos hundidas en los bolsillos del gabán o cruzadas atrás, indiferente a la que lleva del brazo o le sigue a remolque; otras le encontrais rendido, servicial, afable, propicio.....



JAVIER GOSÉ

UNA CONFIDENCIA



APUNTE, POR JAVIER GOSÉ



ESCLAVA DE LA MODA
POR JAVIER GOSÉ

Hay en los seres femeninos de buen donaire, que por lo esbeltos y flexibles recuerdan el junco, y que llevan en la cabeza plumas y como un maharadja indio los dedos cuajados de anillos, y que calzan zapatitos semejantes a estuches y ostentan, en ocasiones, extravagancias de indumento; hay en ese tropel de figuras que nos presenta Gosé, dignificadas por el arte, el atractivo que de este emana. Ni complacencias, ni insinuaciones, ni malicia, ni perversidad. De cuanto recogieron las pupilas del artista, la gracia del continente, el aire de una actitud, la nota vistosa del traje, el encanto de una postura es lo que fija sobre el papel o la cartulina con sencillez cautivadora. En esas evocaciones femeninas, contadas veces el rostro es lo que interesa: apenas si reparais en él; en cambio, se retiene en la memoria la elasticidad de los cuerpos, lo bien que las manos articúlanse a las muñecas, la ductilidad con que los piecitos adoptan blandamente movimientos inesperados. Aquella disciplina a que se ciñó en los comienzos de su carrera, fué parte a eso: a que tendiera, más que a poner de manifiesto el carácter de una fisonomía—lo que no quie-

re decir que el autor no lo lograra siempre que se lo propuso — a cojer al vuelo el sentimiento de una posición, la línea sutilmente indicativa de un movimiento grácil o la acertada agrupación de individuos que el azar congregó momentáneamente. En ello se encierra el secreto de la vida de que Gosé dotara a los personajes. Y en ello consiste, además, que cuidando de la figura entera no sintiérase en todo momento reclamado por la individualidad de las fisonomías, y de ahí que no apunte de ellas gestos de malicia, ni picante expresión, ni miradas provocativas, ni mohines de descoco. Cuando por excepción singulariza un rostro—descontando las jovencitas aun colegialas y aquellas que por su aspecto semejan damas versallesas — antes es para mostrarlo como estigma del vicio: dígallo el faunescos señor agobiado por su decrepitud repulsiva, por la naturaleza aceleradamente gastada.

Os llevareis, pues, un desencanto, si presurosos acudís a ver en esos dibujos lo que no hay. Artista de raza, Gosé desdeñó recursos ilícitos. No hubo de espolvorear de pimienta ningún plato. El buen



JAVIER GOSÉ

APUNTE

gusto de su espíritu delicado, limitóse a mostrarnos la gentileza del cuerpo femenino. Lo más a que se atrevió, fué a enterarnos de la debilidad de la mujer que adora en sí misma, y esto no existe quien lo desconozca; lo más a que se corrió, fué a presentarla con los atavios caprichosos que la moda—eterna tirana—le impuso. Y esto es música vieja. Hay ausencia de malas tentaciones. Perfume de arte. Solo esto: perfume de arte.

* *

El sentido de la elegancia que caracteriza las obras del dibujante leridano es, verdaderamente, una de las cualidades que más llaman la atención en él. Salido de entre nosotros aún sin personalidad, fué bajo



JAVIER GOSÉ

UN MANIQUÍ



JAVIER GOSÉ

SONRISA

el cielo parisiense donde elaboró su gusto, donde acabó por adueñarse de la distinción que de modo tan cautivador reflejó en sus producciones. Para el género de trabajo que cultivó, érale indudablemente una ventaja extraordinaria haberlo conseguido. Y esa distinción suya manifiéstase por un igual en todo: en el trazo, en los modelos, en la forma de resolver la composición, en el pormenor más secundario de ésta. Por eso atraen en seguida la mirada los bosquejos y las escenas resueltas. Impera, halagadora, la nota elegante. Poseyó, Gosé, además, instintivo sentimiento decorativo, que de cada día se le fué agudizando más. Así llegó a la estilización de la figura hu-



EN EL TEATRO, POR JAVIER GOSE. (DEL SIMPLICISSIMUS)



JAVIER GOSÉ

UNA GALANTERÍA

mana; pero de noble manera, sin quebrantamiento de la estructura. Conocedor de ésta, estilizaba, sin merma de la dignidad que ha de resplandecer en la maravilla del cuerpo. La estilización no es en él dislocación ni deformación; es, por el contrario, el respeto a la figura, de la que conocía la vida por haberla estudiado sin cesar, no en reposo, sino en movimiento. Esto le llevó a saber hasta donde llega la elasticidad de un miembro; hasta donde alcanza el desarrollo de una actitud, sin que la violencia se inicie; hasta el grado de abstracción que es permitido elevar lo que se reproduce, especialmente, en este caso, por lo que afecta al sér huma-



JAVIER GOSÉ

ESTUDIO

no, sin traspasar el límite de la propia naturaleza. Como sea que Gosé, según he dicho, estaba adiestrado en la copia del natural, y en éste se apoyaba siempre, le era ello prudente regulador que haciale mantener en el grado debido. Si estilizaba, no por esto salía de su lápiz malparada la figura humana.

No cabía, por lo demás, que sucediera otra cosa. El artista no iba a contradecirse en eso; hubiera sido en merma de aquel buen gusto que inducía a la búsqueda de la elegancia, que tan bien acertó a imprimir al mundo femenino que llena toda su producción.

* *

¿Pudo sorprender que llegara el momento en que el dibujante sintiera la comezón de crear para esas mujeres, maniqués algunas, trajes y joyas, abrigos y sombreros, y que las enseñara cómo debían hacerse el tocado? Los propagadores de la moda parisina



DE VIAJE, POR JAVIER GOSÉ

quedaron un día maravillados frente a varias acuarelas de Gosé. El indumento mujeril combinado por él, resultaba de exquisita y picante novedad. Desde aquel entonces asediáronle. Y en el caudal que dejó en su estudio, se da, junto a dibujos imponderables, con figurines de esos y con apuntes en los cuales se nos muestran tocados, y brazos y muñecas y la garganta de los piés luciendo joyas o sencillos ceñidores de azabache o de abalorios. Así aquel muchacho que paseó en silencio la tristeza de su enfermedad, el de carácter dulce para todos, a quien jamás le cegó la vanidad, a pesar de sus triunfos; así aquel

muchacho no fué de los que a París quedan uncidos, sino de aquellos otros, contadísimos en número, que obligan a que París les siga.

Al estallar la guerra se eclipsó el mundo de las elegantes. Los *restaurants* de noche cerraron, La locura se descibió de cascabeles. Privado de sus modelos, desvanecido el medio estimulador, volvió Gosé a Lérida, su ciudad nativa. Moría poco después. Era el nueve de Marzo del corriente año de 1915. En dos de Julio de 1876 le acogió la vida, la cual abandonábale, por lo tanto, cuando iba a cumplir los treinta y nueve años. Estaba en la madurez de su talento.

M. RODRÍGUEZ CODOLÁ.



JAVIER GOSÉ

MEDITACIÓN



LAS REINAS DE LA MODA
POR JAVIER GOSÉ

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques



1501212185

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE BARCELONA
BIBLIOTECA *Ps. Mar.*

REG. *42.548* *C 11*
17

SIG. *74071.1(Gos) Roml*

